

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.



Dezedé.

DEZEDE.

Este retrato, que se atribuye al pincel de Greusse, se presenta grabado hoy por la primera vez. Su principal

SEGUNDA SERIE.—1837.

mérito es cierta amplitud en la composición y en el dibujo; puede reconvenirse de la manera de la posición; empero era, dicen, efecto del modelo.

¿Cuál ha sido ese modelo? un vano misterio si se investiga su nacimiento; su familia, su patria, su nombre; una

AÑO XV. 10.

realidad muy apreciable si se considera su conducta, su carácter y su talento. Llamábase Dezedes, Dezede, Dezaides ó Dezides (según la forma inglesa) ¿De dónde le provenia este nombre? ¿Cuál era su patria? ¿Alemania? ¿Inglaterra, ó Francia? ¿Quién su padre? Una miniatura, una trama de cabellos, una inscripcion recientemente descubierta ha hecho murmurar hoy el nombre de un rey, Federico el Grande. Algunas biografías habian hasta ahora hecho esta insinuacion: sabian únicamente que Dezede recibia de una mano desconocida durante su juventud una pension de 25,000 libras, y que habia sido doblada esta pension en la época de su mayor edad. Empero el jóven se hallaba atormentado por el pensamiento del misterio en que se hallaba cubierto su origen; tenia necesidad de amar y queria descender el velo que le separaba de su familia. Se le advirtió entonces que si queria penetrar lo que era necesario y conveniente permaneciese en las tinieblas se extinguiría y secaría el manantial de su fortuna. No hizo caso de la amenaza: le suprimieron su pension, cayó en la miseria y entonces tuvo necesidad de trabajar para vivir. Por diversion habia estudiado la música, un abate le habia enseñado, y por suerte suya habia conservado afición á la composicion. Compuso óperas sobre libretos que, ora arreglados por él, ora por Momben, tu-

vieron grandísimo éxito: gustaban sobre todo, las melodías en las que trataba de reflejar los impulsos de la naturaleza, las costumbres y las pasiones de los aldeanos según el modo propio peculiar del siglo XVIII: causó el mayor entusiasmo y le dieron el nombre de *Orfeo de los Campos*, aunque ninguna de sus óperas se ha conservado en el repertorio de hoy, hay muchas cuya memoria se recuerda; por ejemplo, *Blas y Blasa*, *Los tres Labradores*, *El Error de un momento*, *Alejo y Justina*, y otras muchas.

También escribió Dezede un drama acompañado de música, representado con mucha fortuna en el teatro francés, bajo el título de *Los dos Pages*: se sabe que Federico de Prusia hace un papel principal en esta obra.

En 1786, el duque Maximiliano de Dos Puentes, elector después y rey de Baviera, hizo ir á Dezede á su corte y le dió un despacho de capitán con cien luises de sueldo, sin pedirle más que su asistencia en Dos Puentes durante un mes todos los años.

Dezede era aficionado al lujo, á vestir bien, á los bordados y á tomar todos los aires y maneras de un gran señor: afectaba tener carácter brusco, tono regañón, y pretendían algunos que tenia algunas semejanzas con Greusse. Era disipador, generoso y de talento.

GLORIAS DE ESPAÑA.

RUI DIAZ DE GAONA.

I.

Hallábase la inclita ciudad de Zaragoza en el año de mil trescientos treinta y tres, honrada con la presencia de su soberano el rey don Alfonso IV de Aragón, y esta circunstancia prestaba extraordinaria animación á aquella ciudad, que ya era de por sí una de las más importantes del reino. El séquito del rey, los nobles que concurrían á felicitarle, los vasallos de todas clases que venían á obtener justicia, que el rey se complacía en administrar por sí propio, los forasteros y los curiosos prestaban á la ciudad un movimiento desusado; pero lo que por el momento llamaba más la atención y lo que habia atraído una grande afluencia de personas á la ciudad, era el anuncio de que allí iba el monarca aragonés á recibir á unos embajadores del rey de Castilla. No tardaron con efecto estos en llegar á las puertas de la ciudad y allí se detuvieron respetuosamente, anunciando tan solo sus deseos de hablar al rey don Alfonso y dejando á cargo de este el modo y manera con que habían de ser introducidos á su presencia.

Un destacamento de aragoneses salió á recibir á los embajadores y á servirles de guardia de honor durante el desempeño de su comision, y desde la puerta de la ciudad, hasta la residencia real, no faltaba numerosa concurrencia que se habia reunido para ver pasar á los embajadores, de cuya venida se hablaba de diferentes maneras, y aunque se susurraba no se sabia de fijo el verdadero motivo de ella.

Los enviados de Castilla, montados en sus buenos caballos, precedidos por un heraldo de armas y seguidos por la escolta, atravesaron por entre aquella compacta muchedumbre, serenos, impasibles y con semblante desdenoso. Llegados al alcázar régio, se apearon en el patio y penetraron en la larga y alta sala en que el rey don Alfonso IV los esperaba, sin más aparato de ceremonial que el de tener á su lado á los principales señores del reino con sus ricos trages y resplandecientes armas.

Los castellanos se adelantaron magestuosamente, saludaron al monarca, y el más anciano y caracterizado de ellos le habló en estos términos.

—El poderoso rey de León y Castilla nos envía á tí ¡oh rey don Alonso! para que te hagamos saber que exige le devuelvas sin tardanza el monasterio y fortaleza de Fitero, de que tu hijo el infante don Pedro se ha apoderado inconsideradamente y por sobresalto. Pudiera, es verdad, haber acudido con sus impacientes castellanos á recuperar su posesion usurpada; pero juzga más digno de su generosidad y su grandeza, dirigirse antes á tí, para que repares tu error y evites el inútil derramamiento de sangre humana.

No se le ocultaba al rey don Alfonso la razón que á los castellanos asistía en su demanda; pero no se hallaba en disposición de satisfacerla, en primer lugar porque no era bastante poderoso para ir á la mano á su hijo, mozo de ánimo violento, como bien lo demostró más tarde cuando tuvo en sus manos las riendas del gobierno, y en segundo lugar, porque no dejaba de lisongear á su cariño de padre, aquella primera hazaña en que su hijo tan airoso

había salido. Contestó con razones evasivas á los enviados, asegurándoles que él ninguna parte tenía en aquel desmán: que su hijo había procedido de acuerdo con los navarros, y que lo mejor que podía hacer el rey de Castilla era el no ocuparse mas de aquella pérdida, supuesto que era enteramente irreparable.

Irritó, como era natural, esta respuesta á los castellanos, y mas cuando en el semblante de los que rodeaban al rey leyeron la aprobacion tácita de sus palabras y la satisfaccion que les causaban. Con acento en que se disimulaba mal su indignacion, contestaron á don Alfonso.

—¿Tú lo quieres, oh rey? Pues caiga sobre tu cabeza y la de tu hijo toda la sangre malamente derramada. Volvemos, pero con las armas en la mano, y entonces nuestra será la victoria, porque es justa nuestra causa.

El rey se levantó de su silla en ademán de despedir á los embajadores y les dijo secamente:

—No debe cantarse la victoria, hasta despues de concluida la batalla.

II.

En cuanto se divulgó la respuesta negativa del monarca aragonés á las pretensiones de los castellanos, empezaron los aprestos del combate. Para nadie era dudoso que iba á estallar la guerra entre los mismos reinos cristianos de España: desgracia lamentable que ya no era nueva en este pais y que tanto retardaba siempre el espulsar de él al enemigo comun, ó sean las huestes musulmanas.

Los castellanos, ansiosos de tomar ruidosa venganza, fueron los primeros á ponerse en campaña, y su bien concertado ejército, al mando de Martin Portocarrero, llegó hasta Tudela por la parte del Ebro. Allí esperaban aragoneses y navarros, y allí una batalla decisiva era inevitable. Apenas estuvieron terminados los precisos preparativos de ella, ya ambos ejércitos vinieron á las manos y el choque fué terrible. Las cargas de caballería que se daban por una y otra parte, eran rechazadas por la compacta infantería, en cuyas filas un nuevo combatiente reemplazaba al momento al que acababa de caer. El día iba ya muy avanzado y aquel horrible tumulto no tenía término, ni la victoria se declaraba por ninguno de los dos bandos.

Los aragoneses y navarros, á pesar de su valor indomable, cedieron al fin ante los impetuosos ataques de los castellanos y como habían tenido que dejar el Ebro á sus espaldas, fueron muchos los que en la precipitacion de su retirada, hallaron la muerte en las caudalosas aguas del rio.

Pero si los aragoneses y navarros habían tenido que sujetarse en su plan de batalla á las circunstancias especiales del terreno, habían tenido por otra parte la alta prevision de dejar á cierta distancia del sitio del combate y en parage reservado, un buen cuerpo de reserva á las órdenes del capitán don Miguel de Zapata, que había venido desde Fitero con gente de refresco. Desde el sitio en que esta gente se hallaba como emboscada, oía el lejano rumor del combate y ardía en deseos de venir á las manos, figurándose con razon que los suyos no llevarían lo mejor, cuando ningún mensajero gozoso venia á participárselo; pero Zapata, fiel observador de las órdenes que

había recibido, contenía todo el ardor de sus soldados, cuya paciencia, así como la de su gefe, se sujetaba en aquel momento á duras pruebas.

Ya á la caída de la tarde llega á todo escape un guerrero cubierto de sangre y de polvo: su caballo inundado de sudor cae desplomado en el momento de hacer alto; el ginete se levanta, entrega al gefe una contraseña que traía y le dice con la mayor agitacion:

—Acudid pronto: nuestra gente empieza á ceder y los castellanos ganan la batalla: acudid pronto, si no todo está perdido.

—¡Gracias á Dios, esclama Zapata, que se acordaron de nosotros! Adelante, caballeros, volemós al socorro de nuestros hermanos.

En el instante todo el cuerpo de ejército se pone en movimiento, traspone con velocidad la colina que le separaba del campo de batalla y con espantosa gritería cae sobre el ejército castellano que ya se creía completamente victorioso.

Este socorro inesperado no puede sin embargo restablecer el orden en el ejército aragonés, y los castellanos repuestos del sobresalto que les causó el imprevisto ataque de los soldados de Zapata, revuelven con mas ardor sobre ellos, y sus contrarios, no pudiendo resistir tanta intrepidez, se desaniman, y acosados por todas partes, solo buscan su salvacion en una pronta retirada que pronto se cambia en fuga vergonzosa, en cuanto los castellanos cogen prisionero al mismo capitán Zapata. Sobreviene la noche, y á favor de la oscuridad muchos navarros y aragoneses se libentan de la muerte; pues sabiendo la lengua de los vencedores, se fingen amigos y escapan del filo de sus espadas, apellidando ¡Castilla! ¡Castilla!

III.

Suelen las guerras civiles sostenerse con mayor animosidad y empeño que las que se hacen con potencias extranjeras, y de ello es buena prueba el caso presente. Vencidos y humillados navarros y aragoneses, no perdonaron medio ni diligencia alguna para rehacerse y obtener el desquite, y como no pudieran prometerse tan buen resultado, contando con sus fuerzas ya debilitadas en los encuentros anteriores, acudieron al auxilio de Gaston, ya conde de Foix. No titubeó éste en amparar á los navarros, por la amistad y buenas relaciones que con ellos los vizcondes de Bearne, por entonces tenían; y el mismo Gaston, con buen golpe de su gente, pasó á unirse á los navarros y con ellos salió á campaña. La fortuna, que tan inconstante es en los diversos azares de la guerra, volvió esta vez el rostro á los castellanos, y se mostró propicia á los de Aragon y Navarra, que avanzando animosos, desbarataron las huestes que de Logroño y todos los pueblos comarcanos habían salido para estorbarles el paso. Allanado aquel obstáculo, ya no había inconveniente para penetrar en la ciudad, á cuyo amparo se iban recogiendo todos los fugitivos. El desorden y la consternacion llegaron al mas alto grado, cuando los gritos de los vencedores que venían á los alcances, hicieron conocer su designio de penetrar inmediatamente en la ciudad; pero en aquellos solemnes momentos de angustia, y cuando todo se creía perdido; cuando ya los enemigos arrollándolo todo, avanzaban por el puente sobre el

Ebro que facilita la entrada á la ciudad, Rui Diaz de Gaona, capitan y ciudadano de Logroño, se arroja él solo á contener todo el ímpetu de los enemigos, para dar ejemplo á los suyos, viendo cuan inútiles eran las palabras que les dirigía. Solo tres soldados se atrevieron á seguir á su intrépido capitan.

Ante el impetuoso ataque de Gaona y sus compañeros, aragoneses y navarros ceden; pero los que vienen en pos de ellos los contienen, rehacen las filas y vuelven de nuevo á la carga, mientras que Gaona los espera á pie firme, alta la espada en su mano, con la cabeza erguida y los ojos inflamados por un ardor bélico. Al ver á aquel guerrero indomable que tiende sin vida á cuantos á él se acercan, y que descuella entre cadáveres enemigos, al ver que todavía se viene hácia ellos, se creen que es algun ángel tutelar bajado del cielo para defensa de la ciudad, y retroceden despavoridos. Un terror pánico se apodera de todos cuantos se agolpaban á aquella parte mas estrecha de la entrada del puente, y los que vienen de refuerzo, viendo como retroceden y huyen los prime-

ros, siguen tambien aquel desordenado movimiento, creyendo que fuerzas muy superiores defienden la entrada de la ciudad, que por esta vez ya nada tiene que temer.

Rui Diaz de Gaona se vuelve triunfante y ya va á recibir los aplausos de los suyos; pero una palidez mortal cubre su rostro varonil; vacila, y cae en tierra. Sorprendidos sus tres compañeros acuden á levantarlo, y entonces observan la sangre que se filtra por las junturas de su magullada armadura.

—¡Herido! exclamaron.

—¡De muerte! contesta el noble capitan; pero muero satisfecho: seguid mi ejemplo, y la ciudad no será tomada.

La muerte del valiente Rui Diaz de Gaona entvió toda la alegría que á los ciudadanos de Logroño pudiera causar el haber rechazado á los enemigos, y al ver pasar conducido en andas y cubierto con un paño fúnebre el cadáver del noble capitan, todos creían que debía estimarse en bien poco una victoria á tanta costa comprada.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

AVENTURAS DE LA SAINT BARTELEMI.

(1572).

I.

UNA CENA CATÓLICA.

Una veintena de caballeros y capitanes católicos hallábanse reunidos en casa de uno de ellos, el señor de Losa, capitan de los arcabuceros del rey, la noche del sábado 23 de agosto de 1572, vispera de la festividad de San Bartolomé.

Esta reunión no tenia ningun carácter de complot ni de partido: se cenaba, y debía jugarse despues de la cena.

Los últimos sucesos políticos, y los que todavía se preparaban no podían dejar de dar á la cena una fisonomía particular, y mezclar en las conversaciones algunas cuestiones de la política palpitante en aquellos momentos en el consejo secreto de Catalina de Médicis y de Carlos IX. La reina madre, previendo hacia muchos meses una nueva rebelion por parte de los reformados y queriendo evitar al reino de su hijo el destrozo de una cuarta guerra civil, habia concebido el atroz proyecto de envolver en un asesinato general á todos los principales gefes del protestantismo.

Su hijo segundo, el duque de Anjou, despues rey de Francia, y que era entonces lugar-teniente del reino, era el primer iniciado en aquel proyecto de asesinato, que los Guisas habian sordamente fomentado, sin atreverse á reclamarlo como una necesidad del Estado: el conde de Retz, el conde de Tabannes y el duque de Nevers, esos tres confidentes y favoritos de Catalina, recibieron las pérfidas inspiraciones de los duques de Guisa y de Aumale é hi-

cieron subir hasta la corte de Roma la responsabilidad de aquella traicion sanguinaria. Carlos IX, hombre débil, facilmente impresionable y móvil, no sabia ni disimular ni perseverar largo tiempo en una idea. Dejéronle ignorar cuanto se tramaba en derredor suyo, y sirviéronse de él como de un ciego instrumento para las misteriosas maquinaciones de su madre y de los Guisas.

El matrimonio de Margarita, hermana del rey, con Enrique de Borbon, rey de Navarra, matrimonio á que debia seguir la reconciliacion de católicos y protestantes, fué el medio imaginado para poner una venda en los ojos de las víctimas, que no se atrevían á herir cara á cara. Aunque el contrato de boda se firmó el mes de abril, esta no se verificó hasta el 18 de agosto á causa de la muerte de la reina de Navarra, Juana de Albret, que una súbita enfermedad habia arrebatado con todas las apariencias de un envenenamiento.

Los tres días que siguieron á la ceremonia nupcial, mitad protestante y mitad católica, se emplearon en festejos, conciertos, torneos y suntuosos bailes. Todo era alegría, todo era júbilo. Parecían vivir muy acordes católicos y protestantes.

Todo cambió el 22 de agosto, cuando Maurebert, emboscado en una casa del claustro de San German de Auxerrois, disparó desde una ventana un tiro de arcabuz contra el almirante Coligni, que fué herido en el brazo y en la mano.

Un grito de indignacion se alzó entre los protestantes á la noticia de aquella asechanza, y en poco estuvo que no tomasen las armas. Por su parte los católicos se agitaban, se conmovían, y se disponían á la resistencia. Despertáronse desde aquel momento todos los odios: agitáronse unos y otros; observáronse con cuidado, y se mantuvieron en guardia.

Carlos IX parecia asociarse á las justas quejas de los

amigos del almirante que acusaba á los Guisas, y juró por la muerte de Dios, que era su juramento habitual, hacer justicia del asesino y de los cómplices, y aun mandó que saliese de la corte Guisa.

Esta primera satisfaccion dada á los gefes de los protestantes hizo que desapareciese bien pronto su desconfianza y que descansasen en la buena fé del rey.

La herida del almirante, que habian trasportado á su casa en la calle de Bethisi, fué curada por el célebre Ambrosio Paré. Temíase que la bala hubiese sido envenenada. El rey acompañado de su madre, de sus hermanos y de los principales dignatarios de la corte, vino á hacer una visita á Coligni, y le manifestó llamándole su padre, el pesar que sentia por aquel odioso atentado. El paso del rey y sus palabras benévolas corrieron de boca en boca, y acabaron de cegar á los calvinistas y de hacer desaparecer sus sospechas.

Sin embargo, habia gran estupor en París, como cuando se aguarda algun gran suceso. Los protestantes se separaban de los católicos, y estos miraban de un modo sombrío, con odio y con alarma. Una parte de las tiendas estaba cerrada, la milicia ciudadana se disponia á tomar las armas á la primera orden de sus gefes. El Louvre estaba guarnecido de soldados, y en las calles desiertas por donde pasaban grandes patrullas, se notaban grupos del pueblo hablando animadamente y en voz baja.

Los calvinistas que se hallaban dispersos en los diferentes cuarteles de la ciudad, habian recibido secretamente aviso de aproximarse al cuartel del Louvre donde vivian sus gefes. Despues se ha acusado á Catalina de Médicis de haber transmitido esta orden á las víctimas, que queria de esta manera reunir bajo su mano antes del asesinato. Catalina fué, pues, el alma de este horrible complot, que no reveló al rey sino la víspera de su ejecucion.

Todo se organizó en silencio para las nuevas vísperas sicilianas, que debian tomar el nombre de *mailines franceses*, y cuya ejecucion fué señalada para el domingo 24 de agosto, día de la festividad de San Bartolomé. El fatal secreto permaneció fielmente guardado entre seis ú ocho personas hasta la víspera por la noche. Aquella noche el preboste de los mercados fué llamado al Louvre, introducido en el consejo real, donde recibió las instrucciones mas terminantes para secundar la toma de armas de los católicos, en favor de la cual se presentaba una conspiracion de los calvinistas contra la vida del rey. Los gefes de los cuarteles y de los notables fueron convidados para las doce de la noche á la casa de ayuntamiento.

El Louvre y los cuarteles inmediatos estaban sumidos en la mayor oscuridad.

La cena de los católicos y capitanes de que hemos hablado era muy alegre y animada en casa del señor de Losa, que vivia en la de un canónigo, su pariente, á la entrada del claustro de San German de Auxerrois. Los convidados se portaron en la mesa, cual si quisieran no tomar parte en los grandes sucesos de la noche.

Despues de haber cenado y bebido opíparamente, quitaron los manteles, no dejaron mas que algunas botellas y unos vasos, y comenzó con furor el juego.

—Muchachos, dijo el capitán Losa, vaciando su vaso: vergüenza y maldicion al que abandone el juego antes del amanecer.

—Si, contestaron todos.

—No hay aqui, dijo Jacobo de Savereux que tenia una grande reputacion de autoridad y de experiencia en materia de diversiones, no hay aqui monges ni novicios que tengan que bajar al coro cuando toquen á maitines en San German de Auxerrois.

—Pero tampoco hay cartas, ni dados, ni vino que puedan detenerme cuando se toque á bota sillas, que vale tanto como la campana de maitines para vuestros frailes, dijo bruscamente otro.

—¿Qué quiere decir eso, capitán Salavoz? interrumpió severamente el dueño de la casa.

—Es decir, buen camarada, que en las presentes circunstancias es preciso estar pronto para montar á caballo y hacer su deber. ¿No han estado á punto esos malvados hugonotes de ir á sitiar ayer á S. M. en el Louvre?

—Esos son cuentos, interrumpió el señor de Losa volviendo los ojos hacia un jóven inmediato á su derecha, que se habia puesto colorado en aquel mismo momento, y que miraba á Salavoz con desdeñosa cólera.

—Pues que ¿creeis que son leales?

—Nada de política, señores, exclamó con tono imperioso el capitán Losa, que se levantó con una botella en la mano. Salavoz, vuestro vaso; y vos, caballero de Curson, el vuestro: un brindis á la salud de todos los buenos súbditos del rey de cualquiera religion que sean: bebamos, caballeros, á que no haya mas contiendas civiles, y á la prosperidad de la Francia.

Aquel brindis cortó la esplicacion y la disputa que iba á originarse entre Salavoz y el señor de Curson, que era el jóven que estaba á la derecha de Savereux.

Pusiéronse á jugar, y Savereux aunque medio borracho y con los ojos cerrados, jugaba con Híbes de Curson, á cuya defensa habia salido poco antes, y ganaba furiosamente, á pesar de que apenas tenia conciencia de lo que hacia, porque contaba con aire distraido las monedas que tenia delante de sí, y mas de una vez se llevó á la boca el cubilete en donde echaba los dados creyendo que era el vaso, y diciendo repetidas veces: beberé, jugaré, hasta el día del juicio final.

Estaban en esto cuando oyeron repetidos golpes á la puerta. Entonces el capitán Losa reclamó un instante de silencio, que jugadores y bebedores no estaban muy dispuestos á concederle.

—Amigo mio, decia Savereux, encomendad vuestros dados á San Calvino; os lo aconsejo.

—¿Quién es, quien llama ahí abajo? preguntó con fuerte voz el señor de Losa abriendo la ventana, y asomándose para reconocer las gentes que daban golpes sin interrupcion á la puerta de la calle.

—Capitán, dijo una voz de niño, bajad si gustais de ir al Louvre.

—¿Al Louvre? replicó el señor de Losa. Si el que está de guardia es Nanzay.

—El rey os envia á llamar ahora mismo, replicó la voz. ¿Dónde estará ahora el capitán Salavoz?

—Aqui está, dijo el capitán asomándose á la ventana con la botella y el vaso en la mano.

—Capitán, os necesitan en el hotel de Bethisi. Allí os dirán lo que teneis que hacer.

—Ya veis, señor de Losa, si me engaño, le dijo Sala-

voz á media voz: el baile de los paganos va á empezar.

—¿Quién eres tú que me traes una orden del rey? preguntó el señor de Losa con desconfianza. ¿Qué gente viene contigo?

—Soy pago de la reina Catalina, y seis arcabuceros de la guardia me acompañan.

—Dios te guarde, paguecito: buenas noches.

El señor de Losa cerró la ventana, y se dispuso inmediatamente á obedecer las órdenes del rey, sin que los jugadores se hubiesen incomodado durante este coloquio. Hibes de Curson acababa de perder en el último golpe de los dados, y la esperanza de conseguir el desquite aumentaba su encarnizamiento en el juego.

—Amigos míos, les dijo el señor de Losa á sus convidados, dispensadme el que os deje antes del alba, como habíamos convenido: el rey me envía á llamar, pero no tardaré; no dejéis de beber entretanto.

—La noche será caliente, dijo Salavoz al despedirse del capitán Losa que se iba al Louvre. Jamás he sentido tanta sed de sangre de hugonotes. Según dice el señor de Guisa, la sangría hace provecho en el agosto.

II.

ENEMIGOS Y HERMANOS DE ARMAS.

Cuando los capitanes de Losa y de Salavoz se marcharon continuó el juego con mas furor. Aunque la mayor parte de las bolsas habia sido agotada por la incansable fortuna de Jacobo de Saverex, con cuanta mayor indiferencia jugaba, y cuanto mas aturrido y embrutecido estaba por el vino que echaba á vasos llenos en su estómago, ya cargado de comida; mas la fortuna se obstinaba en prodigarle sus favores. Habia ya ganado todo el dinero que llevaba Curson, que perdía con una perseverancia increíble; pero dominado por el ardor del juego que no quería ahogar en el vino, propuso jugar bajo su palabra cuatrocientos escudos contra una cadena de oro que llevaba al cuello.

—Yo jugaré todo lo que queráis jugar, con tal que sea sobre vuestra palabra, y que esta cadena permanezca en vuestro cuello.

—Juguemos por de pronto esta cadena, que me restituireis mediante trescientos escudos de oro si la pierdo.

—Yo lo hago á fin de no contrariaros; pero á condicion de que bebamos un poco.

—Bebed cuanto queráis solo, y juguemos: juguemos; aun no es tarde.

—Las diez y media, respondió uno de los asistentes, echado de codos sobre una mesa y dispuesto á dormirse.

—¿Quién llama abajo?

—La cadena me pertenece, dijo Saverex sin mirar los dados que habia echado fuera del cubilete.

—No la cadena sino los trescientos escudos de que ella es garantía, dijo tranquilamente Hibes de Curson. Estas no son mas que bagatelas y niñerías: juguemos ahora por quinientos escudos de oro á cada golpe.

—Quinientos escudos de oro, amiguito.... Me parece que habeis bebido mas que yo, y que sois menos prudente.

—No puedo obligaros á que juguéis vuestra ganancia, respondió amargamente el joven.

—¡Mi ganancia! Me la echais en cara. ¡Vive Dios que jugaré hasta la última moneda!

—Quinientos escudos á este golpe. Caballeros, vosotros que no jugáis juzgareis de los golpes, y contareis la suma.

—No dejan de llamar á la puerta, dijo uno que se habia levantado para bajar, y que tenia gran pena para llegar arrastrándose hasta la ventana que abría. ¿El capitán?.... No; no es él, es una muger.

—¿Una muger? exclamó Saverex, que dejó el juego, y corrió dando tropezones hasta la ventana.

—Volved aquí, señor de Saverex, gritaba el señor de Curson con desquite é impaciencia. ¡Vaya un buen pretesto para dejar el juego!

—¡Vaya al diablo la noche tan oscura que no me deja ver! decía Saverex inclinándose en la ventana con tanto abandono que por poco mas cae á la calle sino le cogen por detrás. Es una muger á caballo con un criado que la escolta.

—Que todos los diablos católicos se lleven á todas las mugeres, murmuraba Hibes de Curson dando golpes con el puño sobre la mesa.

—Señora, ¿qué queréis de nosotros? dijo Saverex levantando la voz, y saludando á aquella señora á quien miraba desde lo alto.

—Caballeros, ¿no está con vosotros un gentil-hombre de Bretaña llamado Hibes de Curson? respondió la desconocida, que temblaba así al hablar á media voz, y que mandó al mismo tiempo á su criado que tomase la brida del caballo.

Apenas habia oido esta respuesta Jacobo de Saverex, cuando la curiosidad, la galantería, y una especie de presentimiento, le impulsaron á bajar para ver mas de cerca á aquella señora cuyo acento le parecia extranjero. Precipitose á la escalera dando tumbos por las paredes y por la barandilla como un ciego, y fué á caer de escalon en escalon sobre el dintel de la puerta. El extraordinario movimiento que acababa de dar á su cuerpo acabó de turbar su cerebro, haciendo afluir á él los vapores del vino. Así es que sus ojos estaban cubiertos como con un velo; su lengua espesa, y ardiente su garganta. Hubiérase caído sino hubiese dado contra la pared y agarrándose á ella con las dos manos para conservar una especie de equilibrio.

—Se.... señora, dijo con una voz bronca, ininteligible y avinada. Bienaventurado el que honraís con vuestra bondad.

—No penseis concluir así vuestro juego, gritaba Hibes de Curson, que imaginándose que Saverex buscaba un pretesto para retirarse con su ganancia, se habia lanzado en persecucion de este caballero y le habia cogido por el brazo con tanta fuerza, que le sostuvo cuando sus vacilantes piernas no le querian mantener.

—¡Ah! ¿sois vos, Hibes? dijo la señora, que le reconoció en la voz y que hizo acercar en seguida el caballo á la puerta.

—¡Oh divino y encantador rostro! exclamó Saverex tratando de desasirse del joven. No es una mortal, sino una ninfa, alguna nayade del Sena, algun ángel del cielo bajado á la tierra.

Aquella muger era en efecto de una gran belleza. Su rostro vuelto hácia Hibes de Curson, se habia visto de repente iluminado por el resplandor de las antorchas llevadas por los soldados que salieron del Louvre. Jacobo de

Savereux, á la vista de aquel dulce y melancólico rostro, que no se le habia aparecido sino por un momento, y que volvió á quedar en la sombra inmediatamente, olvidando que se hallaba borracho quiso avanzarse hácia la calle; pero el señor de Curson no se lo permitió, y llevándolo hasta el vestíbulo con mas consideracion que violencia, le acostó suavemente sobre las losas, donde éste se agitó y dió vueltas inútilmente con terribles juramentos sin poder conseguir ponerse en pie. Mientras que se agitaba en esfuerzos para levantarse y volver á ver todavía á la encantadora muger que habia entrevisto, recogia primorosamente en su corazon el recuerdo de aquella linda cabeza, de aquellas facciones muelles y correctas, de aquellos ojos llenos de finura, de aquellas mejillas pálidas surcadas de lágrimas, de aquellos cabellos rubios cuyos bucles se echaban por debajo del gorriño de pelo con que las mugeres cubrian entonces su rica cabellera.

—¡Por Dios, Ana! ¿qué vienes á hacer aquí? le dijo Hibbes de Curson, que se habia aproximado a ella para no ser oido.

—Vengo á saber lo que es de vos, replicó tímidamente, y por que no habeis vuelto á casa.

—¿Y qué quereis que sea de mí? replicó éste, no ocultando su desquite é impaciencia.

—No os incomodeis, y decidme si Mr. de Pardillan no está con vosotros.

—¿Pardillan? Si; duerme en el Louvre. ¿No os lo ha dicho?

—Si, por una carta, repuso esta ruborizándose. Me decia en esta carta, que temiendo el rey de Navarra que no estuviese bastante seguro en su casa, porque se preveia una conmocion popular, le mandaba pasar la noche en el Louvre con los demás oficiales de la guardia del rey de Navarra.

—Pues entonces, ¿á qué me pedis noticias de Pardillan?

—Porque dudaba el que fuese verdad, y sabia que vendria á jugar aquí con otros.

—Yo no juego.... replicó el señor de Curson, que fingió irritarse para no mostrar embarazo. Maldita sea la curiosidad de estas mugeres que van á casarse. ¿A dónde vais ahora?

—Salgo del hotel de nuestro pobre almirante, en donde he sabido que cenabais aquí con católicos.

—¿Qué importa? Me parece una temeridad que os ocupeis así de mis acciones.

—Las diez han dado en el reloj del palacio cuando pasaba por el puente del Cambio.

—Las diez ó la media noche no me importa; no me acostaré hasta el alba.

—¿Qué, amigo mio! ¿no me acompañareis? Vamos, ponte en la silla, y montad delante de mí en el caballo.

—¡No por Dios! os volveréis como habeis venido, y mañana sereis bien reprendida por esto.

—Hibes, amigo mio; ¿cómo me he de volver yo?

—Pedro, ¿estás bien armado? preguntó secamente al criado que tenia la brida del caballo.

—Una daga, una espada y dos pistolas, monseñor, respondió el criado, que habia servido en el ejército calvinista.

—Y sabes usarlas bien. Márchate pronto, y en lo sucesivo no seas tan dócil á los caprichos de una loca.

Al pronunciar estas palabras con frialdad y severidad, volvió la espalda á la jóven, entró en la casa, y cerró la puerta.

Al ruido de los pasos del caballo sobre el empedrado, Hibbes de Curson tuvo un remordimiento, y se arrepentió de lo brusco, cruel, ingrato y egoista que habia sido; quiso detener la partida de la jóven, que no tenia mas culpa por el sino el haber interrumpido su juego, y se disponia á alcanzarla y acompañarla, cuando se vió retenido por una imprevista agresion. Era Jacobo de Savereux que se agitaba en la oscuridad, y que atinando á la pierna de monsieur de Curson, no la soltó por mas esfuerzos que este hizo.

—Os marchareis despues de haberme muerto. ¡Vive Dios!

—¡Dios me guarde! ¿Estais loco? Es preciso que durmais vuestro vino, señor de Savereux.

—Yo soy el que te mataré para castigarle por haberme privado de la vista de mi dama.

—¿Vuestra dama? replicó el señor de Curson, que tomó entonces aquella esplicacion por lo serio.

—Si, mi dama, la mas hermosa, la mas linda, la mas honrada y la mas adorada....

—Si no conoceis ni aun su nombre.

—Mejor la conozco que vos.

—¡Compañeros! gritó desde la ventana un caballero, dirigiéndose á un grueso de arqueros que pasaba en aquel momento á poca distancia: ¿no es la vela de San Juan, y no hay hogueras en la plaza de Greve?

—No, es la vela de San Bartolomé, respondió el jefe de los arqueros. El rey dicen que quiere hacer una pesca con hachas, y nos han enviado para contener la multitud de curiosos.

—Camarada, cerrad la ventana, dijo con voz fuerte Jacobo de Savereux, á quien los socorros del señor de Curson habian podido al fin hacer llegar á la sala de la cena para echarse nuevos tragos.

—¿Tienes miedo que las botellas se escapen volando? le dijo uno de los asistentes: mejor se marcharian los escudos y los dados.

—Señores, vais á ser testigos y jueces del campo. Provoco en duelo al señor de Curson.

Al proponer este desafío con cólera Jacobo de Savereux, que apenas podia sostenerse, y que sentia doblarse sus piernas, sacó la espada que un amigo oficioso acababa de traerle, y se puso en postura de hacer frente á su adversario.

Este, á quien el vino no habia turbado la razon ni la sangre fria, rehusaba tomar su espada y dirigirse contra el agresor, á quien ponía fuera de combate el estado de embriaguez.

—¡Vive Dios, caballero, que no sois gentil-hombre! exclamó Savereux, que vacilaba y que tenia que agarrarse á las paredes.

—Yo os lo probaré mañana por la mañana, y cuando esteis tranquilo, replicó el señor de Curson, que se arrepentia de no haber seguido á la jóven, y que queria salir para alcanzarla si fuese posible.

—Alto allá, compañero, dijo un caballero cerrándole el paso. Dareis desde luego satisfaccion al que habeis ofendido.

—En guardia, caballero.

Como sabian que era hugonote Curson, y que solo con

gran trabajo por parte del capitán Losa lo habían admitido en su compañía, celebraban que hubiese un motivo de poderse deshacer de él.

—En guardia, hugonote, añadió otro, a quien la vista de las espadas había suscitado su humor pendenciero.

—En guardia, caballero, en guardia, valiente; clamaron confusamente todos los concurrentes, llenando los vasos y brindando á la victoria del campeón católico. Savereux, sácale la mala sangre; arráncale los botones de la ropilla.

Comenzaron á batirse. Pero la indignacion y el resentimiento que en Curson habían escitado la burla de sus com-

pañeros, no había sido bastante para que abusase de la triste posición en que se hallaba su adversario, y así únicamente se mantuvo á la defensiva.

—Señores, dijo en el momento en que se encontraban las espadas, ¿quereis que no se hiera al aire?

Esta chanza provocó las murmuraciones de los testigos, y escitó la rabia de Savereux, que se dirigió á su enemigo con tanto vigor y temeridad, que estuvo á punto de atravesarle de parte á parte, clavándose él mismo el estoque de su contrario; pero el señor de Curson había tenido tiempo de levantar la espada que debía venirle derecha, y



Hibes de Curson y Savereux en el juego.

no dando el golpe sino en lo alto del brazo, penetró un poco en la carne, sin alcanzar al hueso ni la arteria. Resultó de esto un ancho arañazo de donde saltó la sangre hasta el rostro de Savereux que soltó la espada por un movimiento de horror, y se echó asustado en brazos de sus amigos. Ninguno se apresuró á ir á socorrer al herido, que restañaba su sangre con la mano, y que se hallaba menos conmovido que el autor de su herida. Entonces Savereux sacando su pañuelo y liando con él el brazo de Hibes para comprimir la hemorragia, le pidió mil perdones.

—Yo os perdono con todo mi corazón y sin rencor. Pero ¿es verdad que sea vuestra dama?

—¡Mi dama! Si fuese mía, no amaría ni el juego ni el vino.

—Vos sois, compadre, el que locamente ha interrumpido nuestro juego.

—Mas bien habeis sido vos, atrayendo aquí á esa hermosa señora, causa de todo nuestro mal.

—El mal no es muy grande. No siento mi herida, y de buena gana volvería á jugar.